



CÓMO NO EMPECÉ LA TERCERA GUERRA MUNDIAL

ZACHARY KARÁBASHLIEV

This is the way the world ends
Not with a bang but a whimper.
“The Hollow Men”
T. S. Eliot¹

—**T***rash metal, heavy metal...* el *metal* es el *metal*. —Arthur se encoge de hombros, deja el lapicero debajo de la palabra subrayada en grueso sobre el papel que tiene delante y se bebe lo que le quedaba en la jarra. En una de las pantallas por encima de la barra los *San Diego Chargers* pierden ante los *Denver Broncos*, y en otra pantalla por la CNN hombres con máscaras negras y pañoletas verdiblancas blanden *kaláshnikovs* ante la armazón de un edificio recién bombardeado. Por detrás, en el desierto y descubierto entre la calima de las llamas, un muro.

—¡La diferencia es enorme! —digo—. ¡Tú no tienes ni idea de *metal*!

—¡Ja! —Arthur pega con la jarra en la mesa—. Zack, cuando yo iba por ahí dando vueltas siguiendo las giras de *Metallica*, tú dabas vueltas por las alambradas de... cómo le decíais... el “Pacto de Varsovia”. Por la parte de dentro.

—Eehh, amigo mío. Dentro de esas alambradas yo me las ingeniaba para oír todo lo que tú y puede que más. —Logro cazar la mirada de la camarera y hago un movimiento en espiral por encima de nuestra mesa para que nos traiga otras dos cervezas—. ¿Tú sabes, por ejemplo, cuál era el primer nombre de *Testament*?

—Ya te he dicho que no escucho *heavy metal*.

—*Legacy*. Y te vuelvo a decir que ahí hay que dejar la palabra “*trash*” *metal*.

—Qué más da. —Desde que Arthur corrige el manuscrito de mi novela, todos los martes venimos a este bar de la esquina de la Décima y Kettner (tienen “hora feliz” de cinco a siete) y discutimos sus anotaciones mientras bebemos cerveza de barril a dos dólares la jarra. A veces logramos avanzar mucho, y otras veces

sencillamente perdemos el tiempo discutiendo sobre alguna palabra. Arthur es redactor de una revista, crítico literario, entiende de literatura, cine y bromas, pero no de *trash metal*.

—¡No es “qué más da”, Arthur! Es lo que intento explicarte. El *Katyusha* y el *Stinger*, por ejemplo, son cohetes de reacción, pero no son *qué más da*, ¿verdad? —En la CNN sacan cuerpos en sábanas ensangrentadas, en la ESPN ponen anuncios.

—¿Qué tienen que ver los cohetes de reacción con el *metal*? —dice Arthur. Le cojo la jarra a la camarera, le doy las gracias, espero que se aleje, echo un trago, me recuesto en el respaldo de la silla, entrelazo los dedos por detrás de la nuca, hago crujir los huesecillos.

—Déjame contarte una historia de cohetes, *trash metal* y Tercera Guerra Mundial. —Arthur alza una ceja, esbozando una sonrisa.

—Adelante.

—Bueno pues, 1989, otoño, poco antes de caer el Muro de Berlín (por supuesto que entonces ninguno de nosotros suponía que el Muro de Berlín caería alguna vez), Europa Oriental, Bulgaria, Bulgaria Oriental, una ciudad pequeña, yo soy cabo al final de mi servicio militar (en Bulgaria en aquel entonces el servicio militar era obligatorio) y me queda para licenciarme cosa de semanas, pero puede que por eso precisamente todo va como a cámara lenta, las horas se arrastran durante días, los días no tienen fin, septiembre no se acaba nunca. Mi sección tiene que hacerse cargo de una posición militar de alta seguridad llamada Pógreba². Era un cerro al pie de una montaña. Por el cerro crecen acacias y nopales, a su alrededor hay una alta alambrada de espino con torres de vigilancia, y por debajo un depósito de municiones con miles de cohetes de reacción. Y, cuando esa tarde exactamente determinada entramos de servicio, ante Pógreba vemos una larga columna de camiones militares, los soldados cargan cajones en los camiones, los camiones se arrastran desde el camino negro por la calzada, dejando gruesos rastros de barro por el asfalto. Preguntamos a uno de los conductores qué pasaba: iban, dice, hacia el puerto de Varna, descargarían, y de allí parece los embarcarían hacia el Oriente Próximo, algo así, dadme un cigarrillo, dice, que se me han acabado los míos. Los cohetes de reacción miden tres metros, son de tipo *Katyusha*. ¿Tú sabes lo que es un *Katyusha*?

—Los rusos esos...

—Excepcionalmente sencillos de operar. Endiabladamente fáciles de explotar, y por eso se supone que muy estrictamente custodiados. Cuando teníamos que hacernos cargo de Pógreba por primera vez, el sargento abrió uno de esos ca-

jones verdes, nos enseñó el cuerpo del cohete, puesto en un lecho de paja o de pasta de madera, da igual, y dijo: Veis, gilipollas, esto es el polo positivo y esto el polo negativo. Eso es... ahora, si alguien junta el positivo y el negativo con una pila plana de cuatro voltios y medio, ¿qué tenemos? Eso es. Tenemos cerrado el circuito y... ¿el cohete, qué? Explota. ¿Por qué explota el cohete? Porque, gilipollas, es un cohete de reacción. ¿Y qué pasa? Si alguien sabe lo que pasa, que levante la mano. Eso es. Eso es lo que pasa: un cohete, si explota, explota el cohete de al lado, y el otro de al lado explota y todos los cohetes y municiones de Pógreba explotan, ¡y es el polvorín de municiones más grande de la Península Balcánica! El más grande. Debajo de esta montaña hay once pisos bajo tierra llenos de municiones. Y si explotan, con ellos: ¡bum, Bulgaria Nororiental!

—¿Cómo es de grande Bulgaria Nororiental?

—Bastante grande —digo y sigo, con la voz del sargento—. ‘¿Y qué pasa, si Bulgaria Nororiental explota, alguien puede decirlo? Eso es. La Unión Soviética ataca a Turquía, gilipollas. ¿Por qué? ¿Porque los turcos son qué? El enemigo. ¿Por qué? Por la OTAN, las bases. Después, el sistema *Halifax*... Quien recuerde lo que es el sistema *Halifax* que levante la mano. Nadie. Eso es. Y las fuerzas imperialistas contraatacan y... bum, la Tercera Guerra Mundial. ¡La Tercera Guerra Mundial! Así que, Arthur, 1989, Pógreba, una de mis últimas guardias, uno de los últimos meses de comunismo, y yo con un transistor pequeño en el puesto de guardia. En esas fechas los soldados no teníamos derecho a tener receptores de radio, *walkmans*, cosas de ésas, y mientras estábamos de guardia nos estaba absolutamente prohibido escuchar música, leer, escribir, comer, en general toda nuestra atención debía estar dirigida a una única tarea, esto es: no quedarnos dormidos en el puesto de guardia. Yo, sin embargo, me había preparado para escuchar no sencillamente la radio, sino Radio Europa Libre, la radio más prohibida por el comunismo. Y la escucho nada más que por el único programa sobre *metal* que podíamos oír en esas fechas. Allí ponían todo lo más nuevo, nada más salir: *Metallica*, *Testament*, *Slayer*, *Kreator*, *Megadeth*, todo. Y si por un transistor te pueden meter un arresto, por un transistor y Radio Europa Libre te puedes ganar el *discip*³. ¿Sabes lo que es el *discip*? —Arthur sacude la cabeza—. Mejor para ti. Y eso, en Europa Libre ese día, y por cierto, el *discip*, Arthur, es una cárcel muy mala sólo para soldados, te la meten bien metida por detrás, y el que ha entrado en el *discip* sale otra persona para siempre, pero yo no tengo manera de saberlo con seguridad, porque yo no he entrado en el *discip*, pero me lo han dicho, así que en Europa Libre ese día iban a poner el nuevo álbum de *Testament* y no veo la hora de entrar de servicio y oírlo. —Arthur me hace un gesto para contenerme, hace

señas enérgicas con la mano hacia el *barman*, que se ha quedado clavado mirando los últimos minutos del partido—. Y eso, en el momento que me quedo solo, encuentro un sitio cómodo, el AK-47 entre las rodillas, saco el transistor del capote, encuentro la frecuencia. Y nada. No hay señal. Sólo z-z-z-z-z-z-zumbido. Como el viento entre la hierba seca. Es verdad que, de cuando en cuando, los comunistas, los muy cabrones, conseguían interferir la señal de Europa Libre. Rara vez, pero lo conseguían. Yo empiezo a dar vueltas delante y detrás, soltando tacos, corro arriba y abajo por el cerro, doy vueltas con el transistor en la mano, toqueteando los botones, cambio de frecuencias, trepo a algunos árboles, bajo y así una hora entera, la hora del *metal*. Ya está oscuro y yo rabioso. Entonces me acerco a una de esas oscuras pilas de cohetes sacadas de Pógreba y listas para cargarse en los camiones al día siguiente. Saco la pila de mi transistor, que es de 4,5 voltios, sujeto la linterna en un nopal, dirijo la luz hacia uno de los cajones, largo y estrecho como el ataúd de un extraterrestre, saco el cuchillo militar, corto los precintos de alambre, quito los clavos de las tablas, desnudo con cuidado el cuerpo del cohete. Encuentro en la parte de abajo los polos positivo y negativo. Y me digo: si lo de que este cohete puede explotar con una batería plana de 4,5 voltios es un mito bobo del chusquero, yo voy a destrozarse ese mito ahora mismo y la razón triunfará. Si, sin embargo, no es un mito, si este cohete puede explotar con una pila de transistor, si la paz y tranquilidad de Europa Central y Oriental se sostiene en la pila del transistor de un cabo enfadado, eso quiere decir que la razón hace tiempo que ha abandonado esta parte del continente. ¡Que salte por los aires este cerro como el podrido gorro de un pastor! ¡Que salte por los aires esa ciudad dormida, los pueblos dormidos de alrededor, todo este jodido comunismo dormido, que todo salte por los aires y se vaya al diablo, que explote yo también con ella! ¡Que venga la Tercera Guerra Mundial y el Apocalipsis, y que se acabe el mundo! ¡Vayámonos con un estallido, y no con un gemido! Uso el alambre de los precintos como cables, tomo aire profundamente, cierro los ojos y... conecto los polos positivo y negativo de la pila con los del cohete.

—¿Y qué pasó?

—¿Qué crees que pasó? —Tomo un trago de mi cerveza. Arthur se quita la gorra de béisbol, se frota la cabeza afeitada, se vuelve a poner la gorra. Después levanta el lapicero del papel, empieza a garabatear algo al margen de mi manuscrito. Callamos. En la ventana, en el semáforo que está delante del local, aparecen un chico y una chica, ella agita airadamente la mano, él se para en la acera, ella sigue adelante, cruzando con el disco en rojo, él se echa las manos a la cabeza, mira hacia ella, después hacia arriba, sacude la cabeza, se vuelve atrás,

como esperando ayuda de alguna parte, intenta alcanzarla, pero por la derecha viene un coche.

—Y qué si... —se rasca la ceja Arthur—. ¿Y qué, si sencillamente, tu pila estaba gastada y no era de cuatro voltios y medio, sino digamos de dos voltios? ¿Qué, si no se llegó al voltio, voltio y algo? ¿Has pensado en eso? —En la ESPN en el estudio gente trajeada comenta la enésima derrota de los *San Diego Chargers*. En la CNN ponen anuncios.

—No —digo. Después asiento con la cabeza hacia la pila de hojas—. ¿Seguimos?

—Sí. —Arthur inclina la mirada hacia mi manuscrito y se golpea con el lapicero la visera de la gorra—. ¿Por dónde íbamos?

—Por *trash metal*.

FIN

NOTAS

¹ T. S. Eliot (1888-1965), EE. UU., premio Nobel de Literatura en 1948. La cita es de “Los hombres huecos” (1925): *Así es como acaba el mundo / no con un estallido sino con un gemido*. (N. de t.)

² ‘El Polvorín’. (N. del t.)

³ *Дисциун* es abreviación de *дисциплинарна рота*, ‘compañía disciplinaria’. (N. del t.)

ZACHARY KARÁBASHLIEV (Захари Карабашлиев)

Nació en Varna en 1968.

Se licenció en filología búlgara en la Universidad “Obispo Constantino de Preslav” de Shumen.

Emigró a los Estados Unidos en 1997. Hoy vive en California.

Guitarrista, músico de *rock*, pinchadiscos, locutor de radio en Radio Varna y Radio Shumen.

Estudió fotografía artística en la Universidad Estatal de Ohio.

Cursos de producción cinematográfica en Los Ángeles, talleres de teatro y cine.

Escribe en búlgaro e inglés. Es dramaturgo, novelista, autor de cuentos, ensayos y artículos, fotógrafo.

Premio de Nuevo Drama Búlgaro en 2006 y 2008, premio de teatro “Asker” en 2009.

Premio de la Fundación “Vick” a la mejor novela del año y premio “La flor de los lectores” de “Helicón” en 2009.

Novela:

2008: *18% сиво (18% gris)*. Sexta edición:
2010. Premio de la Fundación “Vick” a la
mejor novela del año. Premio “La flor de los
lectores” al éxito comercial sin precedentes
de la cadena de librerías “Helicón” en 2009.

Cuentos:

2009: *Кратка история на самолета (Breve
historia del avión)*. Libro del año de “Helicón”
en 2009.

2010: *Приказка (Cuento de hadas)*, en coauto-
ría con su mujer, Silvia Karábashlieva

Teatro:

2004: *Аутопсия (Autopsia)*.

2006: *Неделя вечер (Domingo por la noche)*.
Premio de dramaturgia en el XV Festival Tea-
tral Internacional “Nuevo Drama Búlgaro”.
Premio de teatro “Askeer” en 2009.

2008: *Откам (Retroseso)*. Gran premio del
concurso “Nuevo Drama Búlgaro”.

2010: *Откам: пиеси и диалози (Retroseso:
obras de teatro y diálogos)*.

El cuento *Как не започнах Третата
световна война (Cómo no empecé la Tercera
Guerra Mundial)* se publicó en marzo de 2010
en la revista *LIK* de Sofía.

Traducción del búlgaro de Francisco Javier
Juez Gálvez.

